

mada de Panzacola. Imponentes obras de fortificacion cubrian todo este espacio cerrando el recinto que cuenta doscientas varas de circunferencia, un fortin denominado la Cueva, y una serie no interrumpida de espesos parapetos contruidos para defender los puntos que la naturaleza no los habia hecho inexpugnables. El fuerte se veia rodeado por todas partes por profundas barrancas, cuya anchura no baja de trescientas varas. En aquel fuerte estaban reunidas á las imponentes obras de defensa de la naturaleza, las del arte hasta su mayor extremo. La guarnicion se componia de mil quinientos hombres bien armados, parte de ella bastante instruida en las evoluciones militares, y la otra parte, aunque con menos disciplina para combatir en campo descubierto, suficientemente instruida para defenderse cubierta por parapetos. El acopio de víveres que se habia hecho era considerable, y respecto del agua no podia faltar nunca, pues además de que en el circuito fortificado hay fuentes y pozos de inagotable caudal, corre un arroyo bajo los muros, del que, levantando el agua por máquina, aseguraba á los sitiados la constante abundancia de ella. Por todas las favorables circunstancias que dejo referidas, los independientes consideraban como inexpugnable el fuerte de los Remedios y como el baluarte de la independencia mejicana. Ninguno de los que guarnecian la imponente posicion dudaba de que en ella iba á estrellarse Liñan con su ejército, pues aunque hay una altura que domina las otras por el lado del Norte así como otra mayor frente al punto de Tepeyac, conocida con el nombre de Cerro del Bellaco, no infundia cuidado ninguno, porque su as-

pereza persuadia que no era posible subir por él artillería. Aunque el mando superior del fuerte lo tenia el P. Torres, nunca se hacia nada sin la direccion del coronel gallego Novoa y de los oficiales de Mina, cuyos conocimientos militares era de la mayor importancia aprovechar. Desde el momento que llegó á saberse que las tropas realistas se disponian á sitiar el fuerte de los Remedios, se presentaron en él para ayudar á su defensa varios jefes independientes, contándose entre ellos el general indultado D. Manuel Muñiz, que, como algunos otros, habian vuelto á marchar á la revolucion, alentados por las ventajas que al principio de su expedicion habia alcanzado Mina.

1817. Los primeros cuerpos del general realista Agosto. D. Pascual de Liñan se presentaron delante de la formidable posicion de los Remedios el 27 de Agosto, siete dias despues de la toma del fuerte del Sombrero. Inmediatamente tomaron posicion en la circunferencia del punto que se disponian á sitiar, y lo mismo fueron haciendo el resto de las tropas á medida que iban llegando. El 31 de Agosto empezó el sitio puesto por Liñan. Situó la infantería en la parte opuesta de las barrancas, en sitios escarpados, formando campos atrincherados enfrente á las obras del fuerte de los Remedios: de esta manera las barrancas que, rodeando el fuerte, defendian á los sitiados de los asaltos de los sitiadores, servian á la vez para defender á los sitiadores de las salidas de los sitiados. Uno de esos campos en que la infantería realista se situó, fué el camino que sube de la llanura al punto de la Cueva, que era la entrada principal del fuerte, no quedando ya otra que la de Panzacola, difícil y escabrosa,

que baja á la barranca de Oeste. Liñan, que era militar entendido, practicó el día 1.º de Setiembre un reconocimiento del cerro del Bellaco, que se habia tenido por inaccesible para la artillería, y el siguiente día llegó á situar en su cumbre una batería de dos cañones del calibre de á 12 y uno de cuatro, con una fuerza de doscientos hombres. Los sitiados quedaron asombrados de lo que veían, y comprendieron todo el empeño que el general sitiador tenia en la empresa. Las demás fuerzas, aumentadas hasta el número de seis mil hombres con varios cuerpos, entre ellos el regimiento de la Corona y el batallón de Fernando VII que llegó de Nueva Santander á las órdenes de su coronel Castillo, se situaron en diversos puntos, dejando cerradas, por medio de puestos avanzados, dispuestos entre los campos atrincherados, todas las salidas del cerro por donde pudieran comunicarse los sitiados con alguna fuerza exterior. La caballería quedó acampada en el llano para proteger los convoyes de víveres, y un cuerpo de la misma arma quedó en Leon bajo el mando de Andrade, destinado á perseguir activamente á Mina donde quiera que llegase á encontrarle.

El Padre Torres, por su parte, de acuerdo con Novoa y los oficiales de Mina, trabajaba con actividad en dictar las disposiciones necesarias para rechazar á las fuerzas realistas, y la guarnición, llena de entusiasmo y de confianza en el triunfo, esperaba con ansia el momento del ataque.

Mina, al separarse del Padre Torres con la fuerza de novecientos jinetes que éste puso bajo sus órdenes antes de empezar el sitio, se dirigió á la hacienda de la Tlachi-

quera, situada en el reverso del Norte de la sierra de Guanajuato; en ella le esperaba D. Encarnacion Ortiz,

1817. (el Pachon) con su partida, á la que se habían reunido diez y nueve hombres de los

Setiembre. que habian ido con Mina desde los Estados Unidos. En el momento en que el valiente jefe vió á sus antiguos compañeros, arrimó las espuelas á su corcel, y corrió á ellos para abrazarlos, creyendo encontrar á todos. Al ver que solo era aquel número insignificante, preguntó con ansia: «¿dónde están los demás?»—«Han perecido», fué la respuesta. Mina sintió una profunda tristeza al escuchar aquella dolorosa contestacion, y al recordar á sus amigos que habian sucumbido, el sentimiento puro de la amistad hizo asomar á sus ojos algunas lágrimas. Era el tributo santo pagado á uno de los afectos mas nobles del corazon, que solo existe en las almas grandes y generosas. Pagada aquella deuda de gratitud á sus desgraciados compañeros de armas, recobró su energía, volvió á su natural serenidad, y solo pensó ya en llevar á cabo la empresa que habia acometido. Dominado por ella, se ocupó en organizar las masas indisciplinadas de sus nuevas tropas, y como veía en aquellos hombres valor personal y destreza en el manejo del caballo, se lisonjeó de poderles poner en breve en estado de luchar con ventaja contra las tropas realistas. Entre las personas que fueron á unirse con Mina en esos momentos en que se ocupaba en instruir á sus nuevos compañeros de armas, se contaba D. José María de Liceaga, que tenia el empleo de capitán general, pero que no ejercia mando alguno desde que, disuelto el congreso de Tehuacan, se retiró de esta ciudad, como queda referido.

Mina, despues de haber distribuido sus nuevas tropas en tres escuadrones, y de nombrar oficiales entre ellas, empezó á recorrer el país circunvecino al fuerte de los Remedios, no solo con el objeto de auxiliar con víveres y cuanto fuese necesario á los sitiados, sino de llamar la atencion de las tropas realistas para obligarlas á fraccionarse. Su primera expedicion fué á la hacienda del Bizcocho. La gente de ella, que estaba armada y á cuya cabeza se hallaba el administrador que hacia de comandante, se defendió, haciéndose fuerte en la iglesia y el campanario; pero despues de una leve resistencia se rindió, habiendo logrado huir antes el administrador. Mina, en represalia de los que Liñan habia hecho fusilar de los suyos en el fuerte del Sombrero, pasó por las armas á treinta y un prisioneros, y entregó la hacienda á las llamas. Reducida á cenizas la hermosa finca de campo, se dirigió al pueblo de San Luis de la Paz que, como todos en aquella época de continua lucha, estaba fortificado, aunque débilmente. La guarnicion consistia en un piquete de tropa de línea y en el vecindario armado. Mina emprendió inmediatamente el ataque; pero la gente del Padre Torres no estaba acostumbrada sino á combatir á caballo, y no era, por lo mismo, la mas á propósito para emprender un asalto á pié contra los parapetos defendidos tenazmente. Tenian valor, pero carecian del aplomo que da la disciplina que constituye la fuerza de los ejércitos. Varios fueron los ataques intentados, pero en todos retrocedieron cuando apenas empezaban á avanzar hácia las fortificaciones enemigas. En uno de esos ataques, el capitán Perrier asaltó una de las trincheras, logrando subir á ella; pero siendo

pocos los que le habian seguido, se vió precisado á retirarse, despues de haber sido gravemente herido. Mina, sin embargo, no desistió de su empeño, y al cabo de cuatro dias, careciendo de agua y de municiones los defensores de la plaza, tuvieron que rendirse. Entre ellos se hallaba el administrador de la hacienda del Bizcocho don Higinio Suarez, mejicano, que al huir de la finca de campo se habia refugiado allí. Mina mandó que fuese fusilado, y lo mismo hizo con el comandante Céspedes, habanero, que mandaba la plaza, y con un soldado europeo (1). Era Céspedes hijo de aquel valiente sevillano D. Manuel, capitán de fragata, que habiendo sido capturado en Tepeji del Rio á principios del mes de Noviembre, como tengo referido en uno de los tomos anteriores (2), prefirió ser fusilado á dejar sus banderas para combatir contra ellas, como le propuso D. Ramon Rayon ofreciéndole la vida si aceptaba. Mina dejó en libertad á los demás prisioneros, y varios se unieron voluntariamente á sus filas.

1817. Alcanzado este triunfo y viendo aumentada su fuerza con los que acababan de unirse á sus filas, Mina se propuso alcanzar otro de mas importancia que, á la vez que reanimase el espíritu de los adictos á la independencia, le proporcionase recursos para acometer mayores empresas. Conociendo la importancia que podria dar á la revolucion la toma de San Miguel el Grande, se dirigió á ella sin pérdida de momento,

(1) Don Carlos Maria Bustamante sufre una equivocacion al referir este suceso, pues dice que el comandante era Villaseñor, y que Mina le conservó la vida.

(2) Tomo VII de esta obra, desde la página 613 hasta la 615.

esperando sorprender á la guarnicion que era corta, y se presentó delante de la poblacion el dia 11 de Setiembre. El comandante realista que defendia la importante villa era el teniente coronel D. Ignacio del Corral, hombre de valor y de actividad, que se hallaba bien prevenido para evitar una sorpresa. Mina ocupó un sitio ventajoso; pero atacado con ímpetu por los defensores de la poblacion y desalojado de él á viva fuerza, tuvo que desistir de la empresa al saber que el coronel realista Andrade, con el regimiento de Nueva Galicia que Liñan habia destinado para perseguirle, se hallaba en el pueblo de Dolores, disponiéndose á ir en auxilio de la guarnicion. Mina, fracasado su intento, se retiró al Valle del Maíz, pueblo en otro tiempo muy floreciente, pero que habia sido quemado por el Padre Torres, no presentando entonces á la vista del que acertaba á pasar por él mas que ruinas, y en pie únicamente la iglesia y algunas chozas de paja que sus habitantes habian construido para permanecer en el suelo en que habian nacido. Llenos de buena voluntad hácia Mina, le proporcionaron algunos recursos de víveres y dinero que el valiente jefe agradeció con todas veras. Mina, anhelando marchar en auxilio del fuerte de los Remedios, sitiado por Liñan, y hacer entrar abundantes víveres para los sitiados, dirigió desde el pueblo del Valle de Santiago, con fecha de 14 de Setiembre, una circular á los comandantes de los diversos cuerpos de independientes esparcidos en el Bajío, invitándoles á reunirse, para marchar en socorro del fuerte sitiado que defendia el Padre Torres. En ese documento vistió los sucesos recientemente acontecidos, de una manera lisonjera, pero inexac-

ta, con el objeto de despertar el entusiasmo de los jefes á quienes se dirigia, pero que éstos, conociéndolos exactamente, no podian dar mas valor á las palabras que aquel que les daba la buena intencion con que habian sido dichas. En esa circular decia, hablando de los últimos sucesos, que los realistas «le atacaron en el fuerte del Sombrero, y que despues de haberles matado mas de mil hombres, tuvo que abandonarlo por falta de agua y víveres». «Toda la gloria del enemigo,» añade, «consistió en tomar aquel cerro eriazo y los cañones que se abandonaron despues de inutilizarlos. La tropa, las familias, las armas y los intereses, todo se salvó con muy corta pérdida de nuestra parte, y costándole al enemigo la pérdida de muchos oficiales». «Los restos de aquellas tropas» añade, «han pasado á sitiar el fuerte de los Remedios, en donde se halla vuestro digno general el Excmo. Sr. D. José Antonio Torres, con una guarnicion considerable y abundancia de víveres». Habla luego de la fuerza que el expresado Padre Torres puso á sus órdenes, y dando toda la importancia posible á la toma de la hacienda del Bizcocho y al pueblo de San Luis de la Paz, que trata de presentarlas como plazas de consideracion, trata de quitarle al mal éxito que tuvo su ataque á San Miguel el Grande, todo lo que pudiera atribuirse á un revés sufrido, diciendo que hubiera sido tomada la plaza, como lo fueron las dos anteriores, «si no hubiera recibido la noticia de que una division enemiga de mil hombres iba en auxilio de la guarnicion» (1). Co-

(1) Véase este documento en el Apéndice de este tomo, documento número 3, bajo el núm. tambien 3.

mo el Padre Torres le habia enviado un oficio poco despues del mal éxito del ataque á San Miguel el Grande, llamándole para que hostilizara á los realistas que le tenian cercado, dice: «Vamos, pues, mis nobles compañeros de armas, vamos á libertar á nuestro general y á enervar los últimos esfuerzos del enemigo. Conseguida esta victoria, se destruyen todos sus planes, se paralizan sus débiles cuerpos militares, y se aproxima la libertad de toda la América. Reuníos, pues, valerosos comandantes, al punto que os he señalado, y haced que las divisiones sueltas, próximas al fuerte de los Remedios, le quiten al enemigo toda clase de víveres, y las remontas, que le corten los caminos, y que le hostilicen de todos los modos posibles.»

Mientras se reunian las fuerzas que habia convocado, Mina se dirigió á atacar la hacienda llamada de la Zanja, que estaba fortificada. Aunque desde que llegó al Valle del Maíz se le unió el comandante del punto D. Lucas Flores, no llegó á proporcionarle todos los auxilios de gente y armas que hubiera podido, sino con una parte de ellos. Al saber el teniente del regimiento de Celaya, don Antonio Alvarado, que guarnecia la referida hacienda de la Zanja con un destacamento de su cuerpo, que Mina se acercaba á atacarla, se preparó á la defensa. El ataque se emprendió con vigor el dia 16 de Setiembre por parte de los independientes, y la resistencia de los asaltados no fué menos vigorosa. La guarnicion, resuelta á luchar hasta el último extremo, se mantuvo en sus puntos durante todo el dia, conservando la esperanza de que pronto se veria auxiliada. Con efecto, el siguiente dia 17, marchó en

su socorro el capitan del mismo regimiento de Celaya D. Manuel de La Madrid, y Mina tuvo que retirarse, dejando algunos muertos, entre los cuales se contaba Trinidad Magaña, uno de los jefes independientes de mas fama del Bajío (1).

1817. El general realista D. Pascual de Liñan, Setiembre. habia seguido entre tanto las operaciones del sitio puesto al fuerte de los Remedios. Colocada, como he dicho, una batería en el cerro del Bellaco que se habia tenido por inaccesible, rompió desde él los fuegos el 13 de Setiembre contra el reducto de Tepeyac. El Padre Torres dirigió entonces otro oficio á Mina, diciéndole que se aproximase con sus fuerzas para hostilizar á los sitiadores. Mina, obsequiando el deseo del jefe independiente, se acercó á los Remedios; pero conociendo que con la gente sin disciplina que tenia, atacar á Liñan en las posiciones que ocupaba, era marchar á una derrota segura, retrocedió desde la hacienda de la Sardina, dirigiéndose hácia la sierra de Guanajuato, proyectando un plan que juzgó que podria dar un resultado favorable, y obligar á los realistas á levantar el sitio. En el llano de Silao se le unió D. Pedro Moreno con alguna caballería de gente bien armada y escogida. Liñan, queriendo poner á cubierto de toda sorpresa el molino de Cuerámara en que tenia el acopio de trigo y harinas para el ejército, hizo que se destinase una fuerza para resguardarlo; y disgustado de la poca actividad desplegada por Andrade en no dejar des-

(1) Los pormenores de este ataque se hallan en la *Gaceta* de 30 de Setiembre, núm. 1,147, fol. 1,073.

cansar á Mina en ninguna parte, como se le habia encomendado, comisionó al coronel Orrantia á que lo hiciera con los dragones de San Luis, Frontera, San Carlos, Sierra Gorda y algunos piquetes de otros cuerpos de caballería. Mina no creyó prudente esperar á las fuerzas destinadas á su persecucion, y se dirigió á un punto conveniente. Acariciando el plan que, como he dicho, habia concebido al no intentar un ataque sobre las tropas de Liñan, trató de convencer al Padre Torres de que el medio único que habia de obligar á los realistas á levantar el sitio puesto al fuerte de los Remedios, era atacar á la ciudad de Guanajuato que juzgaba fácil de tomar, pues siendo la capital de la provincia, Liñan se veria precisado á enviar considerables tropas en su socorro, no siéndole, por lo mismo, posible continuar el cerco. Lejos de aprobar el Padre Torres el plan propuesto por Mina, dió orden á los jefes que dependian de él, para que solo le siguiesen en caso de que les condujese á atacar á los sitiadores.

Entretanto el general realista Liñan continuaba con empeño las operaciones del sitio. Desde el dia 13 habian roto sus fuegos las baterías situadas en el cerro del Bellaco, como ya tengo dicho, contra el baluarte de Tepeyac, para derribar la cortina que le unia al cerro inmediato. Viendo Liñan que las municiones de cañon disminuian, resolvió tomar el punto por asalto. Este se emprendió el dia 16 con las compañías de preferencia de los cuerpos expedicionarios, marchando al frente de ellas Ráfols, mientras por los demás puntos se hacia un vivo fuego para llamar la atencion de los sitiados. La columna

de ataque marchó al asalto con imponente serenidad: al ver el denuedo con que avanzaba despreciando las continuas descargas de fusilería y cañon, los independientes se intimidaron; pero alentados por los oficiales que Mina habia dejado en el fuerte, volvieron valientemente á sus puestos. Entonces tomó un carácter imponente la accion. Los sitiados, resueltos á defender sus posiciones á toda costa, hicieron un fuego nutrido de fusilería sobre los asaltantes, al mismo tiempo que dejaban rodar unas piedras sobre ellos que tenian situadas en la altura. La columna realista no pudiendo vencer la resistencia que le oponian sus contrarios, tuvo que retirarse, despues de haber perdido mucha gente entre muertos y heridos, contándose en el número de ellos no pocos oficiales (1).

1817. Liñan trató, al ver el mal éxito del ataque, Setiembre. de hacer volar por medio de una mina el peñon sobre el cual se levantaba el baluarte de Tepeyac. Practicada la mina, no produjo el efecto que se habia esperado; pero habiendo abierto brecha al mismo tiempo la batería de Apodaca en el bastion de Santa Rosalía, que el coronel Ruiz, comandante del campo del Tigre, juzgó practicable, se dió un nuevo asalto que no tuvo mejor éxito que el primero. Aunque las pérdidas de los asaltantes fueron grandes en estos ataques, no fueron mucho menores las de los sitiados. Entre los muertos que éstos tuvieron se hallaba el coronel Ortiz de Zárate que,

(1) Respecto á los ataques dados por los realistas al fuerte de los Remedios, sigo lo que Liñan comunicó al virey Apodaca en sus partes reservados publicados por D. Carlos María Bustamante.